

LA CASA DE LA COLINA

Cuentan las oscuras leyendas de mi pueblo, que hace mucho tiempo, sesenta u ochenta años, unos espeluznantes hechos atormentaron a los inocentes aldeanos de San Benancio de la Cruz, marcando sus vidas para siempre.

La vida en este pueblecito era tranquila, pacífica, sosegada... hasta que, según he oído, una fría noche de enero, en la vieja y abandonada casa que se erguía majestuosa en lo alto de la colina, una tenue luz de candil se vislumbró a través de la ventana más grande. Uno de los aldeanos la vio y nervioso corrió a contarlo en la plaza mayor del pueblo.

Al principio, los aldeanos no dieron mayor importancia a lo ocurrido, incluso pensaron que podían haber sido visiones de aquel hombre que, asustado y muy inquieto, les auguraba una y otra vez malos acontecimientos.

Los dueños de aquella importante mansión se marcharon de San Benancio de la Cruz hacía ya muchos años, por motivos que nunca nadie supo, y abandonaron aquel caserón, que mucho después de haberse marchado sus amos, fue tomando un aire fantasmal y terrorífico y provocó que ningún aldeano se acercara allí.

La siguiente noche de aquel mes, el extraño resplandor volvió a verse... Los habitantes del lugar empezaban a asustarse. Todos se preguntaban asombrados:

- ¿Habrán vuelto los dueños? ¿Serán ladrones? ¿Serán espíritus?

El miedo, las leyendas, los mitos empezaron a extenderse por doquier. Ya nadie dormía, ni vivía, ni trabajaba sus tierras tranquilos, todo el mundo estaba despavorido y con la mirada siempre fija en la lúgubre y derruida mansión.

En las sucesivas noches de aquel terrorífico mes de enero, la misma luz se encendía, siempre a la misma misma hora, en el mismo lugar. Muertos de miedo, los aldeanos intentaron buscar una solución. Había que poner fin a aquella pesadilla. Entonces el alcalde, el cura y un capataz mostraron su valentía atreviéndose a coger sus hoces y rastrillos y a encaminarse colina arriba, dispuestos a acabar con el misterio.

La noche fue más fría de lo normal, el pulular de los búhos se oía por cualquier lugar. Apenas se veía en la oscuridad. Los tres aldeanos rompieron la corroída verja que les permitía acceder al caminito principal hacia la casas. Anduvieron en silencio, tiritando... quizás de frío, quizás de miedo...

De pronto, encontrándose ya muy cerca de la importante y soberbia mansión, la tenue luz se volvió a encender. Los tres valientes apretaron el paso hasta detenerse delante del portalón de robusta madera, decorado con extrañas y fantasmagóricas figuras que no invitaban a pasar. El capataz hundió su rastrillo en la cerradura e hizo palanca para poder entrar.

Una vez que entraron dentro, el pesado portalón se cerró de golpe tras ellos y un golpe resonó en todos los alrededores de aquella casa, rompiendo el silencio de la noche

Según me contaron nunca más se supo de un cura, un alcalde y un capataz en San Benancio de la Cruz.

Muy pocos habitantes quedan ya en ese pueblecito. Diez familias viven aún en aquellas casitas junto al río y yo. Yo, que vivo aquí solo, completamente solo, únicamente acompañado de mis pensamientos, en esta pesada y poderosa casa , sentado frente a la ventana más grande y sujetando este viejo y oxidado candil.

Violeta Bastida Alba, 15 años.
I.E.S. La Rábida
Huelva

